



Utopía y Praxis Latinoamericana
ISSN: 1315-5216
ISSN: 2477-9555
diazzulay@gmail.com
Universidad del Zulia
Venezuela

La cultura como condición de paz y la paz como condición de cultura en el pensamiento latinoamericano

GUADARRAMA GONZÁLEZ, Pablo

La cultura como condición de paz y la paz como condición de cultura en el pensamiento latinoamericano

Utopía y Praxis Latinoamericana, vol. 24, núm. Esp.1, 2019

Universidad del Zulia, Venezuela

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27960978005>

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.3108661>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

La cultura como condición de paz y la paz como condición de cultura en el pensamiento latinoamericano

Culture as Condition of Peace and Peace as a Condition of Culture in Latin American Thought

Pablo GUADARRAMA GONZÁLEZ
Universidad Católica de Colombia, Colombia, Colombia
pabloguadarramag@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.3108661>
Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27960978005>

Recepción: 25 Marzo 2019

Aprobación: 30 Abril 2019

RESUMEN:

Desde una perspectiva metodológica propia de la disciplina de la historia de las ideas filosóficas y políticas se analizan algunas de las principales reflexiones de representantes del pensamiento latinoamericano sobre la dialéctica interdependencia entre la cultura y la paz. Se fundamenta el predominio de cierta tendencia de «humanismo práctico» en estas ideas articuladas a las posturas como «intelectuales orgánicos» de quienes las han fundamentado. Las condiciones de paz normalmente propician el desarrollo de la cultura. Recíprocamente la promoción de la cultura, especialmente la cultura de paz, propicia que los conflictos no se resuelvan de forma violenta.

PALABRAS CLAVE: Cultura, paz, pensamiento latinoamericano.

ABSTRACT:

From a methodological perspective of the discipline of the history of the philosophical and political ideas discussed some of the main thoughts of representatives of Latin American thought on dialectic interdependence between peace and culture. The predominance of certain «practical humanism» trend is based on these ideas articulated the positions as «organic intellectuals» who have informed them. Peaceconditions typically conducive to the development of culture. Mutually conducive to the promotion of the culture, particularly the culture of peace, as conflicts not of resolved violently.

KEYWORDS: Culture, peace, Latin American thought.

INTRODUCCIÓN

Al conocer de la desaparición física del amigo Álvaro Márquez-Fernández recordé que cuando murió Cecilio Acosta en Caracas José Martí escribió: “La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida, truécase en polvo el cráneo pensador, pero viven perpetuamente y fructifican los pensamientos que en él se elaboraron”

El concepto de cultura no comprende en su contenido todo el conjunto de la producción social del hombre, sino solo aquello que —como la etimología de esa palabra exige— debe ser cultivado, es decir, lo que aporta algún valor a lo espontáneo que se produce tanto en la naturaleza como en la sociedad; por tanto, la paz constituye uno de los productos supremos de dicha actividad cultural¹.

Todo proceso cultural es, de hecho, un fenómeno social, pero esto no implica una ecuación de igualdad o equivalencia, pues no todo fenómeno social constituye necesariamente un producto cultural. El hombre en su actividad produce «excrecencias sociales», como las violaciones de los derechos humanos, crímenes, violaciones, genocidios, narcotráfico, etc., y muy en particular las guerras, que en modo alguno deben considerarse acontecimientos culturales.

En muchas ocasiones los seres humanos son creadores de productos que atentan contra la «condición humana»²; de ahí que estos no deban ser considerados parte propiamente de la cultura, ya que solo constituyen fenómenos sociales. En verdad, son elementos «anticulturales», es decir, productos que deben ser excretados porque pueden traer nefastas y enajenantes consecuencias para la propia humanidad, como

algunos inventos utilizados en la industria armamentista. Por eso no es precisa la definición de Jacob Bronowsky, según la cual: “La serie de inventos merced a los cuales los hombres de todas las épocas ha remodelado su mundo, constituye una clase de evolución permanente, no biológica, sino cultural”.³

En la sociedad aparecen fenómenos que no son beneficiosos para la mayoría de la población, sino solo para pequeños grupos que lucran con ellos. Tales productos no deben ser clasificados como «bienes culturales». Resulta contraproducente pensar que la delincuencia, la corrupción, la prostitución, la drogadicción, la tortura, los crímenes, etc., ameriten tal condición.

El concepto de sociedad posee un contenido de mayor amplitud y riqueza de manifestaciones que el de cultura. Si fueran idénticos, con un solo término bastaría para designar a los fenómenos indiferenciados de ser culturales o sociales.

Si bien todo fenómeno cultural es a la vez social, si se admitiese lo contrario o sea que todo fenómeno social fuese un bien cultural, entonces no habría necesidad de dos términos diferentes, pues siempre que se hiciese referencia a un fenómeno social ya habría que admitir que por equivalencia se estuviese haciendo referencia a la vez a uno cultural. Pero afortunadamente no es así.

Si se parte, a su vez, de una dicotómica separación entre «cultura de élite» y «cultura popular», se establece una maniquea división no solo entre los sujetos de la cultura, sino también en relación con sus productos. Esta perspectiva elitista puede traer como resultado una separación perjudicial a los intereses de una comprensión común de la significación de la paz. De acuerdo con lo que plantea Carlos Núñez: “No se trata de «democratizar» la cultura, entendido esto el «llevar» la cultura a las masas (la de los «cultos» por supuesto), por medio de programas y proyectos, cuya verdadera intención es mantener la situación imperante”.⁴

Una perspectiva elitista de la cultura no favorece una verdadera integración y participación política o, por lo menos, una adecuada convivencia social entre diversos sectores o estratos sociales, pues los que se autoestiman como «superiores» siempre verán al resto de la población como dignos de lástima o consideración especial, pero nunca como potenciales sujetos activos y decisorios del rumbo de los procesos sociales. A su vez, si los sectores populares asumen un papel de estratos «inferiores» o subordinados, tendrán dificultades para lograr un mayor protagonismo social, pues se considerarán siempre dependientes de las decisiones de las «élites de poder». ⁵ A la larga, tal situación no resultará beneficiosa para la mayor parte de la sociedad, y la paz dependerá más de los criterios de dichas élites que del potencial decisivo de los sectores populares.

Algo similar ocurre cuando prevalecen diversas formas de etnocentrismo y de intolerancia, que afectan notablemente la admisión de diálogos enriquecedores que propicien procesos de transculturación. Al respecto, Guillermo Hoyos planteaba: “La pluralidad de cosmovisiones puede invitar a la comprensión recíproca, la cual no necesariamente significa entendimiento pleno en lo que respecta a valores y normas de acción. El conflicto surge cuando quienes, por no pertenecer a la misma cultura, no comparten los mismos criterios y se empeñan en que solo los propios son los correctos, que por tanto son los únicos válidos para toda cultura”.⁶

La intolerancia cultural ha sido, y todavía puede ser, motivo de lamentables conflictos y guerras. De ahí que la labor de los pensadores latinoamericanos que, de un modo u otro, han colaborado para demostrar la riqueza de diversas instituciones y manifestaciones de las culturas de diversos pueblos del orbe, haya aportado grandes contribuciones al posible «equilibrio del mundo», añorado por Simón Bolívar y José Martí.

LA CONFLICTIVA REFLEXIÓN SOBRE LA GUERRA Y PAZ

Tanto en el pensamiento latinoamericano como de otras latitudes es frecuente encontrar referencias a las guerras y la violencia como fenómenos que aproximan al hombre a los animales, por lo que han sido más los

que proponen evitarlas para resolver los conflictos. Este es el caso de Alberdi, para quien: “La guerra es un oprobio de la especie humana y una negación completa de la civilización. [...] No puede haber guerra justa, porque no hay guerra juiciosa. [...] De una y otra parte, todo cuanto hacen los hombres en guerra para sostener su derecho, como llaman a su encono, a su egoísmo salvaje, es torpe, cruel, bárbaro [...] Guerra civilizada es un barbarismo equivalente al de barbarie civilizada”⁷.

Aunque en algunos países sea común el uso de expresiones como «cultura de la violencia» o «cultura de la guerra», es evidente que tales términos son contraproducentes y muy distantes de un adecuado concepto de cultura⁸. Eso quiere decir que todo lo que distancie al hombre de las guerras es expresión del progresivo proceso civilizatorio y de su humanización a través de la cultura y de la paz, aun en el caso de que esta sea imperfecta.

Sin embargo, algunos autores enfatizan el posible efecto favorable de las guerras⁹, y en particular de la carrera armamentista, al considerar que impulsan determinadas tecnologías que luego pueden resultar beneficiosas para fines pacíficos, como en el caso de internet.

Por supuesto que tal consideración conduce a una peligrosa exaltación de la carrera armamentista como motor de desarrollo tecnológico, sin importar las funestas consecuencias que pueda esta traer para la supervivencia de la especie humana.

Se debe tener siempre presente que grandes estrategias militares en la historia no siempre fueron obstinados defensores de los métodos violentos para la solución de conflictos.

El destacado general del victorioso ejército chino Sun Tzu siempre mantuvo que la victoria más grande es aquella que puede conseguirse sin luchar. La guerra por la guerra no era algo que considerara glorioso; juzgaba que la guerra era más un medio que un fin en sí mismo. Observaba aterrado un campo de batalla empapado de sangre en el que los supervivientes eran superados en número por los muertos.¹⁰ Muchos jefes militares han coincidido en que la mejor batalla es la que no se efectúa.

Maquiavelo sostenía: “Los buenos generales nunca entablan combate si la necesidad no los obliga o la ocasión no los llama”¹¹. Estas afirmaciones evidencian que desde el nacimiento de la modernidad fue tomando mayor fuerza el criterio según el cual la mejor forma de la convivencia humana es la paz y no la guerra.

Esto no significa que el surgimiento del capitalismo se haya efectuado de una forma pacífica. En verdad fue todo lo contrario, pues —como señalaba Marx— este surgió chorreando lodo y sangre, especialmente en la cacería de esclavos¹², tanto en las guerras internas de Europa como en las coloniales primero y luego en las imperialistas por el dominio de las grandes potencias sobre los pueblos de Asia, África y América.

No obstante, la Ilustración propició mucho más el discurso pacifista que el guerrerista, como se puso de manifiesto en la propuesta de «Proyecto para lograr la paz perpetua en Europa», presentado en 1713 por Charles-Irenée Castel de Saint-Pierre¹³.

Tales utópicas ideas tuvieron eco en otros pensadores como Leibniz, Rousseau y Kant dada la confianza que depositaban en la omnipotencia de la razón. Sin embargo, lamentablemente también hubo abiertos opositores a tales propuestas pacifistas y promovieron el discurso guerrerista, como es el caso de Hobbes —quien desde posturas misantrópicas concebía al hombre como el lobo del hombre— o de Malthus, quien justificaría las guerras como una forma de dar solución a las explosiones demográficas.

Incluso sorprende que un filósofo como Hegel llegase a cuestionar la justificación de la paz al plantear que “como el viento que preserva al mar de la corrupción en que caería con una permanente quietud, lo mismo sucedería a los pueblos con una paz duradera o incluso una paz perpetua”.¹⁴ Tal vez la excesiva influencia de la dialéctica de Heráclito —para quien “la guerra es madre y reina de todas las cosas”¹⁵— le condujo a tan controvertibles consideraciones.

El socialdarwinismo que tomó fuerza con el positivismo llevó también a que algunos de sus propugnadores, como Herbert Spencer, llegasen a concebir las guerras como expresión social de la natural lucha por la

existencia. Sin embargo, a su juicio, la humanidad en sus primeros estadios no hubiera podido despegar del reino animal, si se hubiese mantenido como regla de legitimación el poder de la violencia física¹⁶.

Otros, como Glumpowitz, Gobineau o Nietzsche —para quien “La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo”¹⁷—, han justificado el uso de la violencia física como único instrumento de «convicción». Nada extraño tiene que este último haya sido un filósofo del agrado de Hitler.

La mayor parte de los investigadores —entre ellos, Karl Marx, Max Weber y Michael Foucault— han coincidido en considerar que las causas de las guerras son los intereses económicos, políticos y sociales, en lugar del honor, la soberanía, etc., que con frecuencia se esgrimen como excusas.

Varios científicos y filósofos —como Alfred Nobel, Albert Einstein y Jean Paul Sartre— han sido fervientes defensores de la paz. Bertrand Russell, en plena I Guerra Mundial, ofreció en Londres en 1915 una conferencia sobre la Filosofía del pacifismo. Luego se convertiría en un agudo crítico de la intervención yanqui en Vietnam, al punto que presidió el Tribunal Internacional sobre los Crímenes de Guerra en Vietnam, y en 1966 escribiría un libro sobre aquel genocidio.

En 1933, Freud, en su respuesta a Einstein sobre el vínculo entre cultura y paz, destacaba: “Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin [el de evitar el destino de la guerra]. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra”¹⁸.

Escritores como Tolstoi han coincidido en considerar la paz como condición indispensable para la supervivencia humana, y por eso han promovido la cultura de paz a través de sus obras. También políticos que han tenido que participar en la toma de decisiones trascendentales sobre la guerra o la paz han extraído conclusiones en favor de esta última. De tal modo, que en esa conflictiva reflexión sobre la guerra y paz, ha prevalecido el criterio de que esta última debe ser la más favorecida, pues ella constituye un constructo cultural, mientras que la primera es consustancial a las especies animales.

Benjamín Franklin era de la opinión de que nunca ha habido una buena guerra ni una mala paz. En tanto el presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy, quien estuvo a punto de ser protagonista de una guerra atómica, durante la crisis de los misiles nucleares soviéticos en Cuba llegaría a la conclusión de que el hombre tiene que establecer un final para la guerra. De lo contrario, la guerra establecerá un final para la humanidad.

Algunos investigadores coinciden en considerar la paz “no como un intermedio entre las guerras, ni como sinónimo de ausencia de violencia, sino como la realización de los valores universales de justicia y libertad, de condición indispensable para lograr el bienestar y la propia felicidad colectiva. Esta paz esencial para el desarrollo humano, requiere del equilibrio entre el interés propio y el ajeno; [...]”¹⁹. En el fondo de esta concepción subyace el criterio de que la paz no es una cuestión unilateral ni bilateral, sino multilateral, porque son muchos los agentes que intervienen en su conquista y sostenibilidad.

Ha sido más común reflexionar sobre lo que diferencia al hombre de los animales, esto es, la búsqueda de conciliación en la solución de conflictos, en lugar de la fuerza bruta como única vía para lograrlo.

Investigadores de la etología como Konrad Lorenz consideran que el uso de la violencia es más justificado entre los animales que en el hombre, pues en el caso de los primeros la causa puede ser el hambre o el instinto sexual²⁰, mientras que en el hombre no solo es por esas razones, sino por algo tan sutil como las ideologías, que por supuesto expresan intereses materiales de poder y dominación.

Pensadores y líderes políticos de múltiples épocas y latitudes han otorgado esmerada atención a la conflictiva interrelación entre la guerra y la paz conscientes de que no solo la supervivencia de sus respectivas ideologías, sino hasta de su propia vida ha dependido de que se favorezcan la tolerancia, los acuerdos y la conciliación en beneficio de todos, pues si se impone la violencia como instrumento de negociación puede todo terminar con el exterminio de tirios y troyanos.

AMÉRICA LATINA: LABORATORIO DE PENSAMIENTO SOBRE GUERRA Y PAZ

El tema de las «guerras justas» ha sido objeto de frecuentes debates. Durante el proceso de conquista y colonización de América se debatieron tanto las razones que motivaban a los europeos a su “derecho” expansivo de incorporar nuevas tierras a sus respectivos reinos, como aquellas que justificaban las reacciones de defensa y rebelión de los pueblos originarios.

Asimismo, se han encontrado suficientes argumentos para justificar algunas guerras de liberación de pueblos dominados por poderes coloniales —como las de independencia de los pueblos americanos—, neocoloniales e imperialistas en los últimos tiempos, como las luchas de los pueblos contra la dominación nazi, las guerras de Argelia, de Vietnam, contra el apartheid, etc. Del mismo modo que en la historia moderna y contemporánea hay consenso en justificar las insurrecciones armadas en revoluciones como la francesa, la rusa, la mexicana, la cubana, la nicaragüense, etc.

Sin embargo, aun cuando líderes de procesos revolucionarios o de reivindicaciones sociales —que en Latinoamérica han sido dignos representantes del «humanismo práctico»²¹— han fundamentado en determinadas situaciones la necesidad de acudir a la violencia de la guerra para alcanzar ciertos derechos o conquistas sociales, como es el caso de Bolívar, Juárez o Martí, han dejado claro que una vez conseguido el objetivo esencial es necesario consolidar la paz para asegurar los logros alcanzados. En ningún caso han tratado de buscar artimañas para prolongar innecesariamente los conflictos bélicos.

El Libertador, que combatiría en innumerables batallas, consideraba que “la guerra es el compendio de todos los males, la tiranía es el compendio de todas las guerras”²². Por eso declaraba que “La paz será mi puerto, mi gloria, mi recompensa, mi esperanza, mi dicha y cuanto es precioso en el mundo”²³. Y en correspondencia a Santander le comentaba: “Yo siempre tengo una idea confortativa de paz y reconocimiento, como Ud. lo sabe, y aun se ha reído a mi costa de mi pazomanía”²⁴.

Estas y otras declaraciones al respecto evidencian que Bolívar no debe ser anatemizado como un simpleenaltecedor de las guerras, sino todo lo contrario, alguien que consideró que la lucha armada revolucionaria era la única forma de eliminar el poder colonial español, como lo demostraría exitosamente, pero para alcanzar una paz con justicia social²⁵.

Ese es también el caso de Benito Juárez, quien tras la victoria frente a los monarquistas franceses, sostenía: “Mexicanos: encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República. Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz. Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las comunidades de la guerra, cooperaremos en el bienestar y la prosperidad de la nación que solo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes, y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo”²⁶.

Esto evidencia que su aspiración mayor, una vez expulsados los invasores y derrotados los nacionales que les apoyaron, era consolidar una paz próspera para emprender las transformaciones sociales que se había planteado

José Martí, en los inicios de su labor revolucionaria, dada su fe cristiana se opuso al uso de la violencia; sin embargo, la propia lucha lo condujo a la conclusión de que no había otra forma de derrotar al colonialismo español que no fuese por medio de las armas. Por eso sostuvo: “Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria”.²⁷ Esto pone de manifiesto que las circunstancias históricas lo obligaron a reconsiderar sus concepciones sobre lo que calificaría como «la guerra necesaria».

Fidel Castro y otros revolucionarios, entre ellos Armando Hart, trataron de impugnar jurídicamente como violación de la Constitución el golpe de Estado perpetrado en 1952 por Fulgencio Batista, quien respondió que a él “no lo tumbaban con papelitos”. No había otra alternativa que convocar al pueblo a la lucha armada contra la dictadura. En menos de dos años esta fue derrotada, aunque contaba con el apoyo logístico del gobierno norteamericano. La Revolución cubana la dirigió un líder carismático, pero su verdadero protagonista fue el pueblo cubano. De otro modo no se explica cómo han fracasado otros procesos socialistas y revolucionarios, y el cubano se ha mantenido.

En el pensamiento latinoamericano han prevalecido más las concepciones pacifistas que las belicistas. Un exponente de las primeras fue José Ingenieros. Según Dante Ramaglia, “Las reflexiones de Ingenieros sobre la guerra europea conducen a interpretarla como conflicto que afecta el proceso civilizatorio, por lo cual se inclina a reforzar convicciones a favor de las “fuerzas morales” en la aceleración de las transformaciones sociales emergentes”²⁸.

Independientemente de esta propuesta de raigambre idealista como posible solución de aquella catastrófica I Guerra Mundial, lo cierto es que el filósofo argentino apelaba a la tradición de «humanismo práctico», que ha caracterizado a los mejores exponentes del pensamiento latinoamericano, para intentar encontrar paliativos éticos ante un fenómeno tan inhumano como una guerra de tales dimensiones.

La radicalización del pensamiento político de Ingenieros lo condujo a abandonar paulatinamente sus preferencias por el liberalismo en correspondencia con su postura positivista sui generis²⁹ y a identificarse con el socialismo. De ahí sus simpatías hacia la Revolución de Octubre en Rusia y hacia la Revolución mexicana —dado el marcado antimperialismo y latinoamericanismo que tendría significativa influencia en las jóvenes generaciones latinoamericanas hasta mediados del pasado siglo XX—, así como su decisivo protagonismo en la creación del Partido Socialista en su país. A pesar de su crítica postura ante la injusticia social generada por el capitalismo, mantuvo su posición antibelicista.

“Cuando regresa a la Argentina, en 1914, —apunta Carlos Piñeiro— comienza la publicación de Revista de Filosofía, que sería su gran tribuna; dirigió la publicación hasta su muerte y fue continuada por Aníbal Ponce hasta 1929. Lo singular de esta revista es el hecho de que trataba como materias filosóficas temas tales como la función del intelectual en la sociedad, los peligros de los imperialismos para las naciones, la importancia del pacifismo o la necesidad de la integración latinoamericana. Se diría que se trata de materias políticas o, cuanto más, sociológicas o político-culturales. Sin embargo, desde la original perspectiva de Ingenieros, eran materias pertenecientes a un estrato superior del saber; por lo tanto, eran materia filosófica”³⁰.

La adecuada articulación entre su praxis política y sus ideas filosóficas lo llevan a merecer la condición de intelectual orgánico y propulsor de la autenticidad del pensamiento político y filosófico latinoamericano.

En el pensamiento latinoamericano ha predominado el consenso en considerar que el fomento de la cultura puede favorecer la consolidación de procesos de paz, del mismo modo que no resulta difícil demostrar que el predominio de condiciones de paz en un país contribuye al enriquecimiento de la cultura.

Por supuesto que la estabilidad que ofrece la paz en un país no solo posibilita que funcionen mejor sus instituciones educativas y culturales, sino otras de carácter político, jurídico, social, deportivas, etc., que indirectamente resultan promotoras de la estabilidad social y la cultura de paz. De lo que se deriva que si los gobiernos están interesados en mantener condiciones de paz favorecedoras del «humanismo práctico» por medio de una adecuada fiscalización de los derechos humanos y la democracia³¹ en sus respectivos países, deben fomentar el enriquecimiento de las funciones de todas las instituciones ya creadas, especialmente las culturales, y promover la creación de nuevas.

Numerosas investigaciones demuestran que en la formación de la opinión pública y en particular de una cultura de paz, más que las instituciones oficiales o estatales, las que tienen mayor acogida son las de la sociedad civil alejadas del poder político, pues inspiran mayor confianza en los sectores populares que normalmente son mayoritarios. Estos no forman su cultura política en tertulias teóricas ni siquiera a

través de la lectura de valiosos análisis de reconocidos periodistas, sino por medio del impacto inmediato de noticias o de comentarios breves que ofrezcan de manera resumida una visión de conjunto sobre algún acontecimiento, y en los últimos tiempos a través mensajes de las redes sociales. Este hecho les concede a los artistas, intelectuales, periodistas, etc., un gran protagonismo y responsabilidad. Así lo expresa Ada Aharoni en un análisis al respecto cuando plantea: “En las sociedades democráticas modernas el manejo de los aspectos culturales y morales de la resolución de conflictos se apoya principalmente en las actividades de las instituciones gubernamentales. No obstante, una responsabilidad particular descansa sobre los individuos y las organizaciones que influyen en la formación de la opinión pública, como son la gente de los medios y la cultura, los escritores, los productores y guionistas de películas, la gente de teatro, los académicos, los investigadores, etcétera. También pueden desempeñar un papel significativo en los que aspiran promover la paz.” Véase Guadarrama, P. (2001). “Prólogo”, en: *El hombre mediocre* de José Ingenieros. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.30 Piñero: 2006, p. 117.31 Véase: Guadarrama, P. (2016). *Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina*. Tomo I y II. Taurus; Peguin Random House, Bogotá.paz: IPRA, la Asociación Internacional de Investigación para la paz y WIFIAAC (por sus siglas en inglés Escritores Internacionales y Amigos de la Literatura y la Cultura para Pavimentar el Camino hacia la Paz)”³².

Por otra parte, para que se consolide la paz en un país es indispensable que se produzcan profundas transformaciones sociales que impliquen la búsqueda de soluciones a la pobreza, la insalubridad, el hambre, el analfabetismo, la violación de los derechos humanos, etc. El problema se torna de una magnitud mayor porque la paz no depende simplemente de la buena voluntad de algunos posibles gobernantes, sino de la raigambre de la propia sociedad capitalista, que por su naturaleza es hostil a la naturaleza —como sugería Marx—, y en última instancia —como plantean Álvaro Márquez y Zulay Díaz—, enemiga de la vida: “Los problemas de tipo ambiental, ecológico, moral, éticos, contaminación, salud, enfermedad, hambre, guerras, etc., que ha causado la sociedad postindustrial, no solamente amenazan la vida humana, sino la vida natural del planeta. Esto es una consecuencia del inevitable agotamiento de un sistema de producción que se entiende como esencialmente contrario a los principios de la vida. Y son esos principios y derechos a la vida, los que están despertando estas otras conciencias que por siglos se han visto sometidas a la hegemonía filosófica e ideológica de las ideas de las falsas conciencias”³³.

Tal consideración obliga a plantear soluciones que parecen no resolverse con simples paliativos, sino con propuestas prácticas algo más efectivas, superadoras tanto del «capitalismo real» como del «socialismo real». Múltiples han sido los intentos, desde diferentes perspectivas del pensamiento contemporáneo, por encontrar propuestas que orienten en la búsqueda de una salida a tan grave situación, pero todo indica que desde una pretendida exclusividad filosófica o ideológica no resulta fácil encontrarla.

La humanidad tendrá que continuar ensayando nuevas rutas, métodos, propuestas y alternativas para encontrar formas de vida que, sin dejar de ser modernas e impulsoras de nuevas tecnologías, sean más amigables con la naturaleza, es decir, con la vida misma.

El pensamiento cristiano ha desempeñado un significativo papel también en esa labor, así como en el análisis y la denuncia de tales situaciones promotoras de conflictos sociales. En ocasiones, dichas actitudes han conducido a la represión e incluso el asesinato de sacerdotes.

Resultan muy meritorios algunos análisis al respecto promovidos desde esa perspectiva, como el siguiente:

“Cuando se ayuda a disminuir la pobreza, a mejorar las condiciones de vida de los niños y a promover eficazmente los derechos humanos, entonces es posible advertir que los proyectos y programas comunes son realmente orientados hacia la paz. En casos como estos se hace patente la voluntad de reconciliación. Entonces, la palabra paz deja de ser «ausencia de conflictos», lo que en realidad no significa verdadera paz. La paz que resulta de la reconciliación es una nueva vida, con bienestar para todos (y no sólo para las minorías). En el Antiguo Testamento, en hebreo, se evoca esta realidad con la palabra Shalom, que significa plenitud, libertad y alegría de vivir. Esa es la visión de paz que afirma la fe cristiana. A veces, para avanzar hacia ella, hay guerras que son necesarias. Esa necesidad surge a partir de aquello en función de lo cual se tiene que establecer la paz: la protección del respeto de la vida, sobre todo para los que disponen de menos vida. A fin de que los pobres sean más privilegiados, y los dejados de lado, más felices”³⁴.

Para lograr tales objetivos es necesario que se mantenga un adecuado control sobre el respeto a los derechos humanos y se fomente la educación para la paz, pues esta forma parte esencial de la educación para los derechos humanos, como ha planteado la ONU³⁵. Así se reiteró en el primer epígrafe de la Resolución 52/15, del 20 de noviembre de 1997, que proclamó el 2000 como «Año Internacional de la Cultura de la Paz», y su Resolución 53/25, del 10 de noviembre de 1998, que proclamó el período 2001-2010 como el «Decenio internacional de una cultura de paz y no violencia para los niños del mundo», donde se plantea: “Una cultura de paz es un conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida basados en: a) El respeto a la vida, el fin de la violencia y la promoción y la práctica de la no violencia por medio de la educación, el diálogo y la cooperación; [...]”³⁶.

Es sabido que cada pueblo gesta y construye su cultura con elementos específicos y propios en correspondencia con múltiples factores, como el medio geográfico, su historia, tradiciones, religiosidad, costumbres, etc. Sin embargo, a través de la especificidad se construye la universalidad, pues esta no existe en abstracto ni al margen de contextos históricos. Existe una dialéctica interacción entre lo universal y lo específico en la cultura, pues algunos valores gestados en determinadas civilizaciones son reconocidos como auténticos y válidos para otros pueblos — en el permanente proceso de transculturación que ha caracterizado y seguirá caracterizando a la humanidad —, por lo que alcanzan paulatinamente la condición de universales y hasta de clásicos³⁷.

En tal sentido, Carlos Türnermann sugiere: “La finalidad principal de una educación para la paz, los derechos humanos y la democracia ha de ser el fomento, en todos los individuos, del sentido de los valores universales y los tipos de comportamiento en que se basa una Cultura de Paz. Incluso en contextos socioculturales diferentes es posible identificar valores que puedan ser reconocidos universalmente”³⁸.

Esto significa que cuando un pueblo emprende tareas fomentadoras de una cultura de paz no lo hace solamente para sí, sino para que puedan ser considerados y apropiados por otros pueblos, de manera que se vaya construyendo una cultura de paz universalmente reconocida y promovida.

En la actualidad existen innumerables elementos constitutivos de dicha cultura, así como múltiples instituciones que la propician, pero nunca serán suficientes, porque la realidad siempre será mucho más compleja que cualquier conceptualización. Las posibilidades de que se generen nuevos motivos de conflictos y guerras siempre estarán latentes.

Pensar que solo fomentando una cultura de paz se puede lograr una convivencia pacífica entre los pueblos constituye una expresión de ingenuidad política, porque la causa de las guerras no radica simplemente en las ideas de los encargados de promoverlas. Ellas son, en verdad, un enajenado producto de las relaciones de producción capitalistas que las engendran, pues si se lograra la «paz perpetua», cuál sería la suerte de los «pobres» empresarios productores de armas.

La cuestión no es tan simple, pues no se reduce a una lucha de concepciones, sino de sistemas socioeconómicos. Si el capitalismo en su historia se ha caracterizado por estimular las guerras, es difícil pensar que va a cambiar su esencia belicista y a dedicarse exclusivamente a promover la paz.

La raíz de las guerras que ha sufrido la humanidad radica en el modelo de desarrollo elegido, como plantea John Saxe-Fernández: “El origen de la crisis actual es inmanente al modelo de desarrollo vigente, en el cual el crecimiento bajo una fuerte expansión predicada sobre la tasa de ganancia y el uso irrestricto de los RNNR (Recursos Naturales No Renovables) ha provocado una fuerte tensión entre capitalismo y vida. El concepto de progreso de la sociedad occidental promovió el desarrollo tecnológico, el sistema de producción industrial y el consumismo. Todo fue llevado a cabo sin tener en cuenta el impacto que estas nuevas formas de vida tendrían sobre la naturaleza y las distintas culturas: es este el principal problema para la humanidad, donde la escasez juega un rol determinante”³⁹.

Luego, eso significa que el asunto resulta mucho más controvertido, pues no es simplemente una cuestión de debate cultural. La ecuación se torna algo más sencilla: si el capitalismo significa la guerra, la lucha por

la paz significa superar el capitalismo, porque es muy difícil que ese tipo de sociedad cambie su naturaleza belicista. Del mismo modo que evidencia cada vez más que por su naturaleza es hostil a la naturaleza. De ahí que mientras predominen en el mundo las depredadoras fuerzas del capitalismo, lo mismo la naturaleza que la propia humanidad corren peligro de subsistir

LA IMPRESCINDIBLE PROMOCIÓN DE LA CULTURA DE PAZ

A partir de los criterios expresados en la Declaración de la Unesco —según la cual “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”⁴⁰— y en la declaración de la ONU respecto a la paz —donde se expresa que “la paz no sólo es la ausencia de conflictos, sino que también requiere un proceso positivo, dinámico y participativo en que se promueva el diálogo y se solucionen los conflictos en un espíritu de entendimiento y cooperación mutuos”⁴¹—, tal vez una de las tareas más difíciles para estadistas que emprenden la reconstrucción de un país después de un conflicto bélico o de un líder de un proceso revolucionario que haya dirigido exitosamente una lucha armada es, una vez logrado el triunfo, promover una cultura de paz que posibilite afianzar las conquistas alcanzadas, para lo cual resulta imprescindible la claridad del lenguaje en los términos de los acuerdos que se firmen entre las partes beligerantes⁴².

En una primera etapa resulta muy difícil porque de algún modo se mantiene viva la inercia de la violencia recién experimentada, pero aun así, el carácter magistral de los grandes estadistas y líderes sociales se pone a prueba en esa ardua tarea de promover la cultura de paz y la educación para la paz, plenamente conscientes de que esta tiene sus limitaciones, por lo que no deben extralimitarse sus posibilidades⁴³.

Para lograr el objetivo del mantenimiento de la paz no debe reducirse su misión exclusivamente al plano cultural, porque pueden resultar insuficientes sus alcances. Si no se emprenden transformaciones sociales en beneficio de la mayoría de la población, las posibilidades de estallidos de nuevos conflictos violentos siempre estarán latentes. Por esa razón, Galtun consideraría: “Puede afirmarse que el concepto de pax es algo más que un concepto occidental que sirve a intereses establecidos; representa también una especie de denominador común de una amplia variedad de conceptos de paz, el mínimo en torno al cual puede construirse un consenso incluso en un mundo decrecientemente eurocéntrico. Por sincera que sea la creencia en ello, es una cosa manifiestamente errónea. Una concepción esencialmente interestatal, centrada en una paz interestatal y en la no intervención intraestatal, tenderá a reproducir la estructura estatal occidental en todo el mundo, tal y como está ocurriendo en realidad. Y puede argüirse que, para alcanzar otros aspectos de una concepción compleja de paz, se necesitan estructuras de paz completamente distintas”⁴⁴.

Esto significa que aun cuando las guerras pueden ser entre dos o más países, si los gobernantes no emprenden transformaciones sociales eficientes en favor de los sectores populares les acechará la permanente amenaza de nuevas explosiones sociales y conflictos violentos que pongan en peligro la paz⁴⁵.

Muchas veces esas transformaciones no dependen exclusivamente de los gobernantes de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, sino de decisiones de poderes transnacionales que, precisamente, no se caracterizan mucho por su filantropía⁴⁶.

Además de las necesarias transformaciones socioeconómicas para evitar la búsqueda de soluciones violentas, los gobernantes deben promover las instituciones democráticas culturales, de salud y educativas, así como otras de carácter civil que satisfagan las necesidades de la población, pues está demostrado que los regímenes autoritarios no son muy propensos a propiciar la paz⁴⁷. En la mayoría de los casos es necesario comenzar por masivas campañas de atención médica primaria, de vacunación, de alfabetización de toda la población, y luego de continuidad en los niveles primarios y secundarios educativos.

Especial atención deben brindar al fortalecimiento de las instituciones culturales existentes o promover nuevas para tratar de disminuir en lo posible los cerrados círculos de cultura de élite propios de sociedades jerárquicamente estratificadas.

Si junto al aprecio al trabajo honesto, se cultiva el intelecto, el buen gusto y la adecuada apreciación de las ciencias, el arte, la literatura, el pensamiento político, el deporte, la cultura recreación, etc., como expresión de realización de humanismo práctico, es muy posible que los resultados se reviertan favorablemente en la consolidación de los procesos de paz.

La cultura siempre ha sido, es y será una condición de paz, aunque ella sola no sea suficiente, al igual que la educación, pues para lograrla deben confluir, como en todo proceso social, múltiples factores. Sin embargo, ambas son esenciales para el logro y mantenimiento de la paz; por esa razón, cuando un país promueve el perfeccionamiento de instituciones educativas y culturales, está de hecho coadyuvando a la consolidación de la paz.

La cultura de paz forma parte de la cultura política de un pueblo⁴⁸. En la medida que esta última se consolide integralmente, habrá mejores condiciones para que la paz se afiance y prevalezca la solución no violenta de los conflictos.

En los últimos años, a nivel mundial ha habido una mayor toma de conciencia de que la promoción cultural debe romper múltiples barreras y obstáculos, como los nacionalismos estrechos, el racismo, el machismo, el elitismo, etc.

Desde la construcción de la modernidad se propició una ruptura con la autarquía y la segregación propia del feudalismo. Si algo generó la sociedad burguesa fue la concesión de la condición de ciudadanos a todos los habitantes de un país, con independencia de la pertenencia a una clase social u otra. Este proceso de homogeneización formal posibilitó una mayor comunicación entre diversos sectores y clases sociales, aun cuando se mantuviesen, e incluso se incrementasen, las diferencias sociales.

La cultura de la modernidad, al hacerse más democrática, ha facilitado una mayor imbricación en cuanto a la apreciación de valores de diversos grupos sociales. A esto se sumó el hecho de que desde la «época de los descubrimientos» y el nacimiento del mercado mundial, los intercambios no solo de productos, sino también de gustos y apreciaciones se incrementaron entre los pueblos. El más reciente proceso de globalización presuntamente posmoderna los ha acrecentado, pero ya en ciernes existían desde la antigüedad, a través de los expansivos imperios y por algunos menos frecuentes intercambios comerciales entre distantes regiones del orbe.

En la actualidad, el proceso de transculturación se ha incrementado a niveles insospechados no solo por la movilidad de la población mundial, sino también por el perfeccionamiento de las tecnologías de la información y la comunicación. Esto ha favorecido considerablemente el desarrollo de la cultura de paz en lugares y países donde tiempos atrás era impensable promoverla.

El hecho de que los horrores tanto de las dos grandes guerras mundiales como de otros conflictos bélicos se conserven y retransmitan constantemente, así como el desarrollo de múltiples expresiones del arte y la literatura sobre esos crueles acontecimientos, sin duda ha contribuido favorablemente a estimular una cultura de paz en grandes sectores de la población. Otra cuestión es que los halcones de la guerra vean en peligro sus exorbitantes ganancias obtenidas por la industria armamentista y traten de hacer todo lo posible por impedir el desarrollo de una cultura de paz de mayor envergadura.

Realmente son pocos los que ponen en duda que la promoción de la cultura resulta favorable a la paz, del mismo modo que el logro y consolidación de la paz repercute positivamente en el desarrollo cultural de un pueblo. De ahí que en el pensamiento político latinoamericano haya innumerables expresiones de identificación con instituciones culturales y educativas que se espera sean promotoras de paz.

En esa tarea las universidades se supone que deban ser favorecedoras de una cultura de paz, pues como plantea Carlos Tünnermann: “Las universidades, por su propia naturaleza de instituciones en las cuales

encarna el ejercicio más alto de la inteligencia humana, deben estar al servicio de la paz y de la convivencia pacífica entre los pueblos”⁴⁹.

Es un hecho que la mayoría de ellas o de sus profesores y estudiantes cumplen esa honrosa misión promotora de la paz. Sin embargo, sería ingenuo desconocer también que paradójicamente en algunas se llevan a cabo numerosas investigaciones propiciadoras de la carrera armamentista. De manera que el compromiso y la responsabilidad social de algunas universidades ⁵⁰, especialmente de los países más desarrollados, no necesariamente favorecen la paz.

Pero dejar exclusivamente la promoción de la cultura de paz a la educación superior constituye un grave error. Si esta no comienza a cultivarse en el seno de la familia, de las instituciones del barrio y de la sociedad civil, en las que niños y adolescentes se forman, así como también en la escuela primaria y secundaria, puede que sea tarde intentar cultivar estos valores en la edad juvenil.

A la hora de valorar el papel de la educación en el fomento de la cultura de paz se debe tener presente que es una tarea priorizada por varios organismos internacionales; de ahí que Koichiro Matsuura, quien fuera director general de la Unesco, declarara que la educación para la paz era de “fundamental importancia para la misión de la Unesco y las Naciones Unidas” ⁵¹.

Por otra parte, se deben tomar en consideración las diferencias en cuanto a cómo concebir el concepto de paz, pues “La palabra «paz», a su vez, tiene distintos significados. Un análisis lingüístico de su uso ha permitido diferenciar dos grandes concepciones, la negativa y la positiva, emparentadas con dos definiciones de la violencia, la directa y la estructural. La paz negativa pone el énfasis en la mera ausencia de guerra, de violencia directa. Presupone un aparato militar que garantice el orden, disuada al enemigo y asegure la perpetuación del statu quo. Si la paz consiste solo en eso, poco tendrían que hacer las personas que se dedican a la educación. La paz negativa puede entenderse como resignación, como huida o inexistencia de conflictos. La paz positiva, sin embargo, presupone un nivel reducido de violencia directa y un elevado nivel de justicia. Se persigue la armonía social, la justicia, la igualdad y, por tanto, el cambio radical en la sociedad, la eliminación de la violencia estructural” ⁵².

En correspondencia con esta última concepción, es posible y necesario fomentar las instituciones culturales y educativas, pues en el primer plano las que se promueven básicamente son las políticas, jurídicas y especialmente militares. Un país que solo preste atención a estas últimas instituciones y no promueva a largo plazo las culturales y educativas está condenado, a largo plazo, a fracasar no solo en cuanto al mantenimiento de la verdad, sino también en otros aspectos esenciales a cualquier Estado.

Por otra parte, concebir el fomento de la cultura de paz exclusivamente como estimular la tolerancia y convivencia entre individuos, grupos o pueblos puede resultar muy limitado, pues ella debe ser mucho más integral, ya que presupone no solo renunciar a las armas para solucionar los conflictos, sino también fomentar el respeto a los derechos humanos, la vida política democrática y en especial la conservación del medio ambiente, pues cada uno de estos elementos se constituye en eje esencial de controversias que pueden terminar en enfrentamientos violentos. De ahí que José Tuvilla Rayo con razón sostenga: “La Cultura de Paz entendida como el concepto síntesis —suma de derechos humanos, democracia, desarme y desarrollo humano sostenible—, demanda, como respuesta humanizadora de la globalización, importantes esfuerzos de los sistemas educativos hacia la consecución de cuatro contratos sociales mundiales (Grupo de Lisboa, 1995): el contrato de las necesidades básicas destinado a suprimir las desigualdades, el contrato cultural destinado a promover la tolerancia y el diálogo entre culturas, el contrato de la democracia encaminado hacia un sistema de gobierno mundial, y el contrato de la Tierra para promover un desarrollo humano estable y duradero” ⁵³.

Esto significa que los encargados de promover la cultura como condición de paz deben tomar en consideración la complejidad de procesos sociales que potencialmente pueden ser fuente de gestación de conflictos que alteren el desarrollo pacífico de un país.

Entre los riesgos que se corren en la promoción cultural, y en especial en la orientada hacia la paz, se encuentra la «homogeneización forzada», cuando no se toman en debida consideración las diferencias sustanciales existentes entre los pueblos, incluso dentro de un mismo país o región, la de género, generación, etnia, extracción social, etc. Solo una política cultural que tome en cuenta esta multiplicidad de factores diferenciadores puede resultar eficaz para favorecer procesos de logro o consolidación de la paz. Al respecto, un documento programático sobre la participación de las mujeres en esa misión declara que “Para nosotras construir cultura de paz pasa por afirmar en el conjunto de la sociedad nuevos patrones culturales, basados no en la igualdad, sino en la diferencia, que se nos reconozca a los hombres y mujeres profundamente diferentes, pero al mismo tiempo que permitan a cada uno descubrir en cada uno de nosotros y nosotras la integralidad; somos fuerza y ternura, razón y sentimiento, cobardía y audacia, todo eso en la misma persona”⁵⁴.

Tal proceso de diferenciación en el proceso de promoción cultural resulta imprescindible cuando se pretende alcanzar logros significativos con sello propio en la consolidación de formas superiores de conciencia política en la población caracterizada por su heterogeneidad. De ahí que Néstor García Canclini plantee que “Los estudios sociológicos sobre la cultura nos dicen que la apropiación y valoración desigual de los bienes simbólicos es un procedimiento clave para reproducir y «legitimar» las diferencias materiales entre las clases, los grupos y las regiones. Las distinciones entre los miembros de las clases altas y las populares no se establecen sólo por la diversa posesión de capital económico. Del mismo modo que las diferencias entre un porteño y un provinciano, o entre un habitante de la ciudad y un campesino, no se constituyen únicamente por el lugar geográfico. En todos los casos, las diferencias —y la desigualdad que suele acompañarlas— se forma y se expresa en hábitos lingüísticos, maneras de vestir y de relacionarse, creencias y gustos. La institucionalización de estas distinciones simbólicas contribuye a reforzar la discriminación, como se nota en las dificultades de los emigrantes para integrarse en espacios urbanos o en las de sectores populares para ser reconocidos en los espacios «legítimos» del gusto y el saber. Sabemos también que esta segmentación cultural tiene correspondencia con las divisiones políticas y económica que las reproduce y a veces las agrava”⁵⁵.

De manera que una adecuada política pública de promoción cultural con fines de revertirse en procesos favorecedores de la paz debe afianzarse en un conocimiento diferenciado de los distintos componentes étnicos, etarios, de género, de clase social, etc., si en verdad se aspira a lograr resultados aportadores a la cultura de paz. Pero si lo único que se desea es cumplir con determinadas exigencias formales ante burocracias estatales, entonces prevalecerán los estudios «homogeneizadores», que por regla general resultan poco enriquecedores.

En la medida en que un país diversifique cada vez más sus instituciones, especialmente culturales y educativas, en correspondencia con los cambios sociales que en él se produzcan, favorecerá el mantenimiento de la paz si estas cumplen debidamente su cometido de representar los intereses de los distintos sectores sociales para los cuales han sido constituidas, y ante todo, de la mayoría de la población. En la actualidad, investigadores de las ciencias de la paz, como Betty Reardon⁵⁶, conciben la educación para la paz como un derecho.

La mayor parte de los investigadores sobre la cultura de paz coinciden con Fisas Vicenç en que “La educación es, sin duda alguna, un instrumento crucial de la transformación social y política. Si estamos de acuerdo en que la paz es la transformación creativa de los conflictos, y que sus palabras-clave son, entre otras, el conocimiento, la imaginación, la compasión, el diálogo, la solidaridad, la integración, la participación y la empatía, hemos de convenir que su propósito no es otro que formar una cultura de paz, opuesta a la cultura de la violencia, que pueda desarrollar esos valores, necesidades y potencialidades”⁵⁷.

Independientemente del contrasentido que implica admitir la validez epistémica del concepto de «cultura de la violencia», resulta válido considerar que las instituciones educativas pueden contribuir a la cultura de paz a través de la promoción del conocimiento, la imaginación, la compasión, el diálogo, la solidaridad, la integración, la participación y la empatía. Pero dejarles esa misión a las instituciones educativas solamente

puede resultar injusto, pues no toma en debida consideración otras de la sociedad civil, como las culturales, y sobre todo a la familia y la comunidad, que desempeñan un significativo papel también en esa tarea.

La historia de la humanidad está llena de ejemplos de guerras motivadas por muchas razones, desde la pretensión de dominación y esclavitud de otros pueblos, hasta la apropiación de sus recursos naturales o artificiales como armas⁵⁸, herramientas, así como por motivos religiosos, etc. Sin embargo, si en otros tiempos el afán de dominio se concentraba tal vez en productos tan relucientes como el oro y la plata o las joyas de piedras preciosas, ahora es por una sustancia tan oscura como el petróleo y se abren perspectivas para que las nuevas guerras sean por recursos tan transparentes como el agua y el aire. De manera que la humanidad debe estar preparada para enfrentar nuevos acontecimientos y procesos de enajenación que le pueden conducir a conflictos bélicos impensables en tiempos anteriores, como el descubrimiento de diamantes en las entrañas de la corteza terrestre a más de trescientos kilómetros de profundidad.

Hoy causa sorpresa que se hayan desatado guerras por motivos aparentes que en verdad escondían otros móviles. Resulta ingenuo pensar que el desafiante viaje de Colón estuviese impulsado solo por su honesta intención de expandir la fe cristiana, que la I Guerra Mundial se desató por el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo, que la II Guerra Mundial se produjo porque unos supuestos soldados polacos atacaron una estación de radio en las riberas alemanas del Oder — luego se supo que en realidad los atacantes habían sido soldados alemanes con uniformes polacos —, que la guerra hispano-cubano-americana se produjo por la voladura del acorazado Maine en la bahía de La Habana — investigaciones posteriores determinaron que la explosión no había sido producida por una mina exterior, sino por una explosión interna, a lo cual se suma la “causalidad” de que esa tarde todos los oficiales y marineros blancos habían salido de paseo por la ciudad y solo cuidaban la nave marineros negros —, o que la Guerra de Irak se produjo porque Sadam Hussein poseía armas químicas de exterminio masivo, y es conocida la excusa del entonces presidente George W. Bush de que había sido engañado por la CIA sobre esa información. La historia luego se encarga de demostrar que han sido solo excusas justificadoras en la mayoría de las ocasiones, basadas en falsedades y construidas a través de montajes de falacias para esconder las verdaderas causas económicas de tales acontecimientos.

Si hasta ahora ha sucedido así, no hay por qué pensar que nunca más sucederán acontecimientos similares. Si hasta hace pocos años se justificaban numerosas guerras y violaciones de los derechos humanos con el pretexto de frenar la expansión del comunismo, en la actualidad, al no existir ese fantasma, se ha estimulado el del terrorismo para promover nuevas guerras. ¿Quién sabe cuántas argucias le depara el futuro de la humanidad para justificar nuevas guerras? Por supuesto que no será lo mismo que tiempos atrás, cuando el analfabetismo y la falta de cultura política eran lo más común en la mayoría de los pueblos del orbe⁵⁹.

Tal situación ha cambiado considerablemente, lo que se puede apreciar en huelgas, manifestaciones, movimientos de resistencia, tribunales u otras instituciones internacionales que pueden fiscalizar algunas actuaciones de gobiernos o instituciones belicistas.

La humanidad debe prepararse para el posible advenimiento de nuevas guerras, y la vía más adecuada, aparte de los mecanismos internacionales de fiscalización, es el desarrollo de la cultura en sus diversas expresiones, y en particular, de la cultura de paz.

Una cuestión son las buenas intenciones de algunas instituciones y personalidades promotoras de una cultura de paz y otra es la cruda realidad que sorprende cada día con noticias de nuevos conflictos bélicos.

Una cuestión son las buenas intenciones de algunas instituciones y personalidades promotoras de una cultura de paz y otra es la cruda realidad que sorprende cada día con noticias de nuevos conflictos bélicos. Por supuesto que se deben promover todas las vías posibles para que las fuerzas de la paz se impongan, por lo que nunca será suficiente la labor de numerosas instituciones promotoras de la misma, como el Movimiento Mundial para la Cultura de Paz y no violencia, el cual se plantea:

La cultura de paz está vinculada intrínsecamente a la prevención de los conflictos y a su solución por medios no violentos. Es una cultura fundada en la tolerancia, la convivencia y la solidaridad cotidiana, es una cultura que respeta los derechos de todos

—este principio de pluralismo garantiza la libertad de opinión— y que se orienta esencialmente a prevenir los conflictos en sus raíces, concediendo toda la importancia debida a los nuevos peligros que, sin tener un carácter bélico, se ciernen sobre la paz y la seguridad, por ejemplo, la exclusión, la pobreza extrema y el deterioro del medio ambiente. La cultura de paz trata de resolver los problemas a través del diálogo, la negociación y la mediación, a fin de lograr que la guerra y la violencia sean imposibles⁶⁰.

Todas y cada una de esas declaraciones, congresos, denuncias, etc., desempeñan un papel favorable en cuanto a la construcción de una cultura de paz, pero si esa labor no va acompañada de decisiones estatales y gubernamentales limitadoras de las fuerzas promotoras de la guerra, no valdrá la pena emborronar cuartillas.

Se presupone que cualquier manifestación de la cultura propiamente dicha que se promueva en un país debe estar inspirada en criterios humanistas, y por tanto, ha de propiciar de algún modo la paz. El problema radica en admitir o no qué expresiones racistas, elitistas, segregacionistas, homofóbicas, fundamentalistas—lo mismo en el plano religioso que político—, fascistas e intolerantes se promuevan a través de las instituciones de la sociedad civil bajo el argumento de la «libertad de expresión».

En ese dilema radica uno de los principales debates de la sociedad contemporánea, dominada por criterios neoliberales propiciadores de presunta “libertad absoluta”, en verdad se favorecen instituciones que atentan contra la propia existencia de la humanidad. Ante tal supuesta paradoja habrá que recurrir a los argumentos de Voltaire cuando proponía ser intolerantes ante los intolerantes.

Si se admite que la paz constituye una condición de cultura, ello implica a la vez considerar que la promoción de esta última debe desempeñar un papel promotor de cambios sociales e institucionales en el país favorecedores de la paz. La cultura siempre tendrá un papel emancipador frente a cualquier forma de enajenación representada por los distintos tipos de poderes que engendran las sociedades y que toman cuerpo en las instituciones.

Tal situación debe ser tomada en consideración por los gobernantes, pues deben saber que la promoción cultural puede y debe convertirse en un factor formador desencadenante de fuerzas contestatarias ante las oligarquías y la dominación de las transnacionales. Por esa misma razón, los grupos y partidos más conservadores tienen plena conciencia de que más peligroso que un sindicato o un partido político de izquierda es una universidad, pues en su seno se forman los potenciales nuevos líderes sociales. Del mismo modo, escritores y artistas casi siempre resultan un sector potencialmente crítico de los poderes establecidos y, a la vez, se identifican con los intereses de los sectores populares, aunque toda regla tiene su excepción.

La historia de la modernidad ha evidenciado que innumerables intelectuales, filósofos, científicos, escritores, artistas, etc., como Rousseau, Marx, Chaplin, Picasso, Lorca y Sartre en Europa, del mismo modo que Miranda, Bello, Martí, Montalvo, Mariátegui, Vallejo, Carpentier, Neruda, García Márquez en América Latina, se han identificado con los procesos emancipadores, independentistas y revolucionarios. Por supuesto que no se deben obviar otros que han asumido posturas totalmente contrarias, como Schopenhauer, Nietzsche, Aron, Ortega, Von Hayek, Borges, Vargas Llosa, etc. Pero independientemente de las posturas ideológicas asumidas han desempeñado papeles protagónicos en su respectivo entorno. En uno y otro caso no se han dejado aplastar por las instituciones y las circunstancias, sino que se han planteado y en muchos casos han logrado contribuir a la transformación de estas.

Casi siempre cualquier tipo de determinismo, lo mismo en las ciencias sociales que en las naturales, conduce a un reduccionismo epistemológico⁶¹, que trae consecuencias desfavorables para una adecuada comprensión del papel del factor subjetivo y el carácter multifactorial que condiciona el desarrollo de los fenómenos sociales.

Uno de los problemas más difíciles en la construcción de una cultura de paz es cuando corresponde hacerlo en un país donde ha concluido un prolongado conflicto bélico, con las lógicas víctimas y sus familiares, y una población en general afectada por la información sobre las horribles huellas que provoca toda guerra.

Es allí donde el protagonismo de intelectuales, artistas e instituciones culturales y educativas enfrenta el gran desafío de contribuir a reestablecer la cordialidad entre los anteriores elementos beligerantes si se

asume plenamente el criterio de Cosimir Delavigne, según el cual “el valor hace vencedores; la concordia hace invencibles”⁶².

Algo muy difícil, pero no imposible de lograr, es convencer a aquellos —que no están de acuerdo con el criterio de Erasmo de Rotterdam, según el cual “la paz más desventajosa es mejor que la guerra más justa”⁶³— que mantienen una postura inconforme con los acuerdos tomados para reestablecer la paz en un país afectado por algún tipo de conflicto bélico.

Es en tales circunstancias cuando las instituciones de la sociedad civil deben promover con mayor inteligencia y vehemencia la cultura de paz. Siguiendo el criterio de María Senn, “Los procesos de paz no pueden nacer sino desde la memoria, desde el corazón, desde las raíces y sobre todo desde la sinceridad y honestidad de sus propósitos y no pueden ser impuestos por personas a quienes estos tópicos les sean ajenos”⁶⁴.

La memoria histórica en los procesos de paz constituye algo fundamental, pero depende de cómo ella se fomente o utilice, pues lo mismo puede contribuir a reestablecer la concordia a través del perdón de los victimarios ante las víctimas, que puede estimular la venganza si esta se fomenta por parte de los interesados en mantener la conflictividad. De ahí la sugerencia de Todorov “El culto a la memoria no siempre sirve a la justicia, tampoco es completamente favorable para la propia memoria”⁶⁵. Sin embargo, recomienda cultivar la memoria, aunque en ocasiones resulte paradójico el hecho de que aun estando vivo el recuerdo del holocausto y otros genocidios durante la II Guerra Mundial, en la actualidad se reproducen algunos crímenes parecidos.

En definitiva, la construcción de una cultura de paz es un proceso con las particularidades correspondientes a las exigencias de fomentar un tipo de cultura que presupone reconocimiento a lo inter, multi o transcultural, o lo que es igual, a tomar en consideración adecuada infinidad de factores de comunicación interétnica, intergrupar, interclasista, interinstitucional, etc. Si no se logran esos lazos comunicativos, difícilmente se puede alcanzar estabilidad en tales procesos de pacificación. Como se plantea en el “Manifiesto por la paz desde la creatividad y la diversidad”: “La construcción de ciudadanía democrática cultural, no sólo implica el reconocimiento de la multiculturalidad y las posibilidades de la interculturalidad, sino el reconocimiento de todo espacio cultural como espacio público de posibilidad de construcción, desde los procesos culturales de convivencia, garantías del ejercicio de los derechos y alternativas de negociación.

Es preciso hacer de las políticas culturales y del reconocimiento de los derechos culturales, espacios y mecanismos de construcción de cultura civil y política democrática, plural y participativa”⁶⁶.

Estos factores para la construcción de la cultura de paz son esenciales en cualquier parte del mundo, pero en especial en América Latina, donde el proceso de mestizaje ha conducido a una imbricación orgánica de pueblos y razas que llevó a José Vasconcelos a considerarla un «crisol de raza cósmica»⁶⁷.

Los colonizadores europeos no pudieron exterminar a los pueblos indígenas. Por el contrario, estos sobrevivieron, y lo más importante, aunque hayan destruido o se hayan robado innumerables tesoros culturales de esas civilizaciones originarias, muchos de sus valores culturales afloran constantemente en la contemporaneidad.

Para Leopoldo Zea, “Aparte de los grupos indígenas que luego de quinientos años subsisten manteniendo sustanciales contenidos de la cultura indígena, los rasgos indoamericanos hacen mayor presencia en el ámbito de la cultura popular que evadió las imposiciones emanadas de los grupos que controlaron y controlan el poder. El mestizaje no fue sólo biológico sino altamente cultural. En la cultura elitista no está ausente lo indígena en la medida en que ha servido como fuente de inspiración para la realización del ser humano en diversas áreas de su quehacer, especialmente en los campos de la literatura, las artes visuales y la historia”⁶⁸.

A este componente se articulan los valores de las culturas africanas y asiáticas trasplantadas cruelmente a través de la esclavitud y otras formas de explotación del trabajo.

En la actualidad, la antropología reconoce no solo que la diáspora del hombre por toda la esfera terrestre se inició en África, sino que los aportes de la cultura africana están presentes en innumerables manifestaciones del arte y la cultura universal. Resulta impensable analizar cualquiera de sus expresiones ignorando los aportes africanos del mismo modo que los asiáticos.

El reconocimiento de ese hecho implica que para promocionar cualquier proyecto de cultura de paz a través de instituciones o políticas públicas deben atenderse adecuadamente las diferentes comunidades étnicas y socioculturales existentes en el país en cuestión, así como otros sectores sociales explotados y marginados; de no ser así, lo más seguro es que no se alcancen los objetivos propuestos en relación con la paz.

Tal consideración coincide con el criterio de Ricardo Salas, según el cual: “Sin lugar a dudas, la reflexión sobre el ethos cultural, la eticidad o la moralidad de la protesta tiene que ver con propuestas filosóficas que responden al reconocimiento de amplios sectores de población americano que han sido negados de dicha historia de cambios; no es sólo el indígena y el africano, sino que es el pobre, el campesino, el emigrante y todos los sectores subordinados por una lógica de exclusión. Frente a esta concepción de la historia de las élites, surge una historia de mayorías populares, a las que se les reconoce una experiencia vital, discursos y prácticas que no pueden quedar desvinculadas de un proyecto histórico que sea auténtico”⁶⁹.

Este planteamiento del filósofo chileno resulta sugerente, pues en dependencia de cómo se cuente la historia de los pueblos latinoamericanos, de quiénes la cuenten y de qué fuentes documentales se nutran, se podrá no solo ofrecer una visión más o menos objetiva del pasado, sino también aprender de él para no repetir los errores.

Afortunadamente, en los últimos años se han desarrollado investigaciones históricas que dejan atrás las versiones románticas que enaltecían solo a los grandes héroes y subestimaban el papel de los sectores populares en las grandes transformaciones sociales. Esta no es una simple cuestión académica, pues sus implicaciones ideológicas son mucho más trascendentales y prácticas. Una valiosa enseñanza para las actuales y nuevas generaciones se deriva de reconocer que aunque los líderes y personalidades tienen un rol protagónico en las transformaciones sociales y políticas de los pueblos latinoamericanos, han sido estos pueblos y sus diversos sectores —no solo de extracción humilde, sino también clases medias y hasta representantes de la burguesía nacional y algunos sectores militares— los que han desempeñado un papel esencial en determinados procesos de progresiva transformación social.

Se debe tener siempre presente que en el seno de los pueblos latinoamericanos subsisten ancestrales discrepancias y enfrentamientos, expresión de lo que Pablo González Casanova ha caracterizado como «colonialismo interno», los cuales se agudizan en determinados momentos, y ponen a prueba la eficacia de la educación para la paz y la cultura de paz que se haya promocionado. Según el intelectual mexicano: “El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales), es la heterogeneidad cultural que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de diferencias culturales (que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales), sino de diferencias de civilización”⁷⁰.

Tales consideraciones, así como las diferencias entre la población urbana y rural, y en las clases sociales, además de otras distinciones de género, generación, etnia, etc., resultan cruciales para cualquier tipo de política pública orientada a fomentar la cultura de paz.

Indudablemente, existe una orgánica correlación dialéctica entre la cultura, el poder y la paz, hasta el punto que se podría afirmar que se presuponen entre sí, pues resulta difícil lograr o consolidar procesos de paz, ignorando el poder con que se cuenta y el poder del contrincante, si independientemente de medidas políticas, jurídicas, militares, etc., no se emprende a la vez una profunda participación de las instituciones promotoras de la paz y no se promueve la cultura de paz y la educación para la paz. Del mismo modo, para que la cultura pueda desplegar mayores posibilidades de desarrollo en un país, deben prevalecer en él favorables condiciones de paz y de ejercicio legal de los poderes.

Si se parte del adecuado criterio de que la paz no es un producto espontáneo de la sociedad y que no todo fenómeno social es propiciador de soluciones pacíficas a los conflictos, se puede arribar a la conclusión de que, si bien los procesos sociales pueden en algunos casos optar por la violencia para la solución de conflictos, la cultura, en cambio, no debe ser favorecedora de esa opción.

En el caso de que algunos gobiernos u otras instituciones instiguen a la población a la vía violenta como única solución de los conflictos, estas acciones no deben ser consideradas propiamente como expresión de cultura, sino como fenómenos sociales que atentan contra la condición humana; de ahí que, en lugar de ser promovidos, deben ser excretados.

Si las soluciones violentas aproximan más al hombre a las bestias, no es comprensible que se acepten sin reparo términos como «cultura de la guerra», «cultura de la violencia», «cultura del crimen», etc. Es sabido que la evolución del hombre no ha concluido ni concluirá a menos que desaparezca la especie, el proceso de humanización que, ante todo, es favorable al desarrollo social si está adecuadamente mediado por acciones culturales.

Solo aquellas concepciones e instituciones que promuevan actividades en favor de la paz, en lugar de laguerra, deben ser consideradas propiamente cultas y favorecedoras de diversas expresiones de «humanismo práctico».

Es la sociedad, y no la cultura propiamente, la que produce instituciones y relaciones enajenantes. Precisamente la función de la cultura es enfrentar esas expresiones de enajenación y preparar a través de la educación y de otras instituciones.

CONCLUSIONES

El pensamiento político latinoamericano, especialmente desde la gestación de la modernidad hasta el presente, revela múltiples reflexiones sobre la cultura, las instituciones y sus nexos con la paz. El hecho de que este sea el objeto del presente estudio no debe significar que no sea posible encontrar antecedentes en las ideas sobre las instituciones de los pueblos originarios más desarrollados, como los mayas, incas y aztecas⁷¹. Otra cuestión es la dificultad, pero no imposibilidad, para demostrar, como exige un análisis científico, la existencia de particulares reflexiones al respecto, pero eso no significa que no hayan existido. Según Karl Sagan, la ausencia de pruebas no prueba la ausencia.

La trayectoria principal del pensamiento latinoamericano a través de diversas expresiones, ya sean científicas, filosóficas, religiosas, artístico-literarias, etc., se ha caracterizado por una tendencia humanista, en el mejor de los casos «práctica», que ha contribuido al proceso de enfrentamiento a diversas formas de enajenación.

Ese rasgo se ha manifestado también en relación con la problemática de la guerra y la paz. Muchas de las reflexiones al respecto emanadas desde el mismo proceso de conquista y colonización del «Nuevo Mundo», han trascendido a otras latitudes y han alcanzado el estatus de universal. Pero se debe tener presente que han trascendido porque han sido auténticas, es decir, se han correspondido con las demandas de su época y sus circunstancias. No han sido expresión de universales abstractos, sino de universales concretos y situados. Por esa razón, tales expresiones del pensamiento filosófico y político latinoamericano en la mayoría de las ocasiones se han volcado sobre la praxis social y han tenido un impacto favorecedor de transformaciones sociales progresivas para los pueblos latinoamericanos. De lo que se infiere el predominio reflexiones sobre la cultura y la paz articuladas a las posturas como «intelectuales orgánicos» de quienes las han fundamentado.

Los líderes de los procesos independentistas americanos, al igual que los que han dirigido procesos revolucionarios, han acudido a la vía armada porque se han percatado oportunamente de que los poderes coloniales, lo mismo que los gobiernos dictatoriales, no permiten el desarrollo de los pueblos otorgándoles libertad y soberanía de forma pacífica. Sin embargo, estos líderes, dada su profunda y consolidada cultura

política, una vez logrados los objetivos emancipadores, han abogado por alcanzar una paz con dignidad de la forma más rápida, para evitar la mayor cantidad posible de víctimas. Sus máximas aspiraciones han sido la consolidación de condiciones pacíficas de desarrollo que permitiesen a los pueblos latinoamericanos acelerar sus ritmos de desarrollo y alcanzar superiores condiciones de vida en correspondencia con los nuevos tiempos.

Las perspectivas elitistas que pretenden establecer una ruptura dicotómica con la cultura popular no favorecen el enriquecimiento de la cultura, y por tanto, no deben ser beneficiosas para los procesos de paz. Solo aquellas políticas públicas que tomen en consideración la integración de diversos componentes, es decir, étnicos, de género, generacionales, religiosos, etc., pueden propiciar una cultura de paz y revertirse de manera positiva para la estabilidad de la vida política de un país.

Las condiciones de paz normalmente propician el desarrollo de la cultura en todas sus manifestaciones, pero en particular, si las instituciones políticas y de la sociedad civil no se proponen el fortalecimiento y renovación de la cultura de paz, esta puede quedar rezagada, y sería lo peor, porque tal vez otras esferas de la actividad cultural, al ser marginadas, no tengan un efecto tan nocivo para toda la sociedad como aquellas vinculadas directamente a la cultura de paz. Cuando se afecta la paz, se afectan todas las instituciones de la sociedad política y civil, por lo que estratégicamente los gobernantes deben otorgarle prioridad, pues cualquier acción que no la propicie, y en su lugar estimule la guerra, puede traer como resultado incluso el exterminio de los mismos que toman tales decisiones.

El desarrollo inusitado de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en estos tiempos de globalización ha posibilitado sensibilizar a los pueblos sobre las horribles consecuencias de las guerras de cualquier magnitud y en cualquier latitud. Sin embargo, si por un lado algunos gobiernos demagógicamente se declaran a favor de la paz, por otro no solo propician la industria armamentista, sino que fabrican excusas justificadoras del intervencionismo bélico, de manera que ningún pueblo puede estar tranquilo y pensar que nunca será la próxima víctima de las transnacionales de la industria de la guerra. El capitalismo no inventó las guerras, pero sin ellas no puede sobrevivir, pues les son consustanciales a su razón de ser.

En los últimos años se aprecia un considerable incremento del protagonismo de las redes sociales. Estas ya han demostrado su papel en favor de la paz en varios países y circunstancias de rechazo ante determinadas guerras. Aprovechar esas potencialidades se convierte en un terreno de litigio, pues algunos gobernantes y líderes hacen un gran uso de ellas para conformar la opinión pública de manera manipulada.

En la actualidad, algunas batallas políticas se ganan o se pierden a través de esas redes sociales y por la mediación de instituciones culturales. De manera que lo mismo gobernantes y gobernados están obligados a capacitarse mejor en el manejo de dichas redes si desean consolidar procesos de paz, pues está latente el peligro de que estas sean utilizadas por los identificados con la guerra como «solucionadora» de conflictos.

Si se pierde esa batalla en el terreno de la cultura de paz, el riesgo es mayor de lo imaginable, porque no significaría una simple derrota de una institución o una política pública favorecedora de la paz. La cuestión es mucho más grave, pues es posible que se ponga en riesgo la existencia de la humanidad entera.

Estos no son tiempos de olvidarnos de la historia, como algunos proclaman, sino todo lo contrario, de aprender de la historia. Ha habido innumerables guerras desde la antigüedad, algunas de ellas de magnitudes colosales y hasta mundiales. También ha habido momentos de amenazas de guerras nucleares, las cuales pueden destruir la mayor parte del planeta y producir inimaginables genocidios; sin embargo, gobernantes encargados de tomar cruciales decisiones han sido lo suficientemente prudentes para evitar el holocausto universal y la cultura de paz ha logrado más éxitos que derrotas. No hay razones suficientes para pensar que de ahora en adelante sea muy diferente.

El pesimismo y el escepticismo nunca han sido buenos consejeros para pensar sobre los rumbos que debe tomar la historia y para que los intelectuales, artistas, escritores, científicos, pensadores, etc., en sus respectivas funciones elaboren propuestas para que los gobernantes no piensen simplemente en la rentabilidad de los empresarios de la industria militar y tomen conciencia de la importancia de sus decisiones, pues de ellas puede depender la supervivencia de la especie humana.

BIODATA

Pablo GUADARRAMA GONZÁLEZ: Profesor de Mérito de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. Cuba (2013). Doctor en Filosofía Universidad “Carlos Marx”, Leipzig, (1980) Doctor en Ciencias Cuba, (1995), Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba (1998-2010). Doctor Honoris Causa en Educación, Universidad de Trujillo, Perú (2003). Actualmente es profesor de la Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Colombia y de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AAVV. (2003). Mujeres de América Latina. Construyendo cultura de paz en situaciones de alto conflicto. IDEPAZ, Quito
- Alberdi, J. (1920). Obras selectas. La Facultad, Buenos Aires.
- Almond, G. & Verba, S. (2016). Diez textos básicos de la ciencia política. Ciencias Sociales-Ariel, Barcelona.
- Arizmendi, O. & Gómez, C. (2000). Así pensaba Bolívar. Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá.
- Biagini, H. & Roig, A. (dirs) (2004). El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Bronowsky, J. (1979). El ascenso del hombre. Fondo Educativo Interamericano S.A., Bogotá.
- Chaliand, G. (2006). Guerras y civilizaciones. Del imperio asirio a la era contemporánea. Paidós, Barcelona.
- Diamond, J. (2018). Armas, gérmenes y acero. Editorial Debate, Madrid.
- Espinosa, S. (comp). (1989). Hacia una cultura de paz. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Fisas, V. (1998). Cultura de la paz y gestión de conflictos. Ediciones UNESCO, Barcelona.
- Freud, S. (1973). Obras completas. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Galtung, J. (1985). Sobre la paz. Editorial Fontamara, Barcelona.
- Giusti, M. (ed). (2010). Tolerancia: el estado de la cuestión. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
- González, P. (2009). De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Siglo del Hombre Editores; CLACSO, Bogotá.
- Guadarrama, P. & Perelguin, N. (1998). Lo universal y lo específico en la cultura. Universidad INCCA de Colombia, Bogotá.
- Guadarrama, P. (2006). Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna. Editorial Magisterio, Bogotá.
- Guadarrama, P. (2016). Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina. Tomo I y II. Taurus; Peguin Random House, Bogotá.
- Guadarrama, P. (2018). Para qué le sirve la epistemología a un investigador y un profesor. Editorial Magisterio, Bogotá.
- Hegel, J. G. F. (1974). Frühe politische Systeme. Ullstein, Frankfurt.
- Lorenz, K. (1972). Sobre la agresión. El pretendido mal. Siglo XXI, México.
- Maquiavelo, N. El arte de la guerra, en: http://www.elartedelaestrategia.com/del_arte_de_la_guerra_maquiavelo.html
- Márquez-Fernández, Á. & Díaz Montiel, Z. (2018) “El rol emancipador de la episteme política intercultural en América Latina”. Encuentros, Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt, Cabimas. Año: 6, n°. 7.
- Martí, J. (1976) Obras completas. Editorial Ciencias Sociales, La Habana
- Marx, C. (1976). El Capital. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Mondolfo, R. (1971). El pensamiento antiguo. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Nietzsche, F. Así habló Zaratustra, en: <http://www.quieroleer.com.ar/libros/asi-hablo-zaratustra/27.html>

- Oswald, Ú. (coord.). (2001). Estudios para la paz desde una perspectiva global, necesidades humanas en un mundo interrelacionado. Centro Regional de investigaciones; UNAM, México.
- Pardo, R. (2015). La historia de las guerras. Penguin Random House, Bogotá.
- Piñeiro, C. (2006). Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopía y destino. Editorial Instituto Ditella; Siglo XXI, Buenos Aires.
- Salas, R. (2005). Ética intercultural. (Re)lecturas del pensamiento latinoamericano. Ediciones UCSH, Santiago de Chile.
- Saxe-Fernández, J. (2012). Crisis e imperialismo. UNAM, México.
- Scoccozza, C. & Picarella, L. (eds.). (2017). Democracia y procesos políticos en América Latina y Europa. Universidad Católica de Colombia; Universidad de Salerno; Penguin Random House, Bogotá.
- Symonides, J. & Singh, K. (1996). "Constructing a culture of peace: challenges and perspectives. An introductory note", en: From a culture of violence to a culture of peace. UNESCO, Paris.
- Todorov, T. (2000). Los abusos de la memoria. Paidós, Barcelona.
- Tünnermann, C. "El compromiso social de la universidad con la paz y la cultura en el próximo siglo", en: <http://ess.iesalc.unesco.org.ve/index.php/ess/article/viewFile/350/293>
- Tuvilla, J. (2011). "Cultura de paz y educación para la ciudadanía democrática", en: <http://www.aecidcf.org.co/documentos/MI%2011.669.pdf>
- Vasconcelos, J. (1942) "La raza cósmica", en: Antología. Ediciones de la Secretaria de Educación Pública, México.
- Wright Mills, C. (1993). La élite del poder. Fondo de Cultura Económica, México.
- Zea, L. y Magallón, M. (1999). Latinoamérica cultura de culturas. Instituto Panamericano de Geografía e Histórico; Fondo de Cultura Económica, México.
- DECLARACIÓN Y PROGRAMA DE ACCIÓN SOBRE UNA CULTURA DE PAZ. Asamblea General de Naciones Unidas, 6 de octubre de 1999. A/RES/53/243. <http://www.vmarbeloa.es/la-paz-perpetua-del-abate-saint-pierre/> <https://akifrases.com/frase/143405> <https://proverbia.net/cita/7520>

NOTAS

- 1 Véase Guadarrama: 2009, pp. 140-141.
- 2 <https://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/cuba/>
- 3 Bronowsky: 1979, p. 20.
- 4 Núñez: 1989, p. 176.
- 5 Wright Mills: 1993, pp. 11-12.
- 6 Hoyos: 2010, V. 1, p. 77.
- 7 Alberdi: 1920, p. 138.
- 8 "Toda cultura presupone siempre ejercicio de algún tipo de dominio en su sentido más amplio, incluso aún cuando se admita o no su existencia en el mundo animal, ya sea desde las relaciones productivas, consumo, supervivencia, defensa, reproducción, hasta las recreativas, de juego y de ocio. Tal dominio no implica que sea interpretada en su versión coercitiva sino en sus más diversas modalidades que comprenden desde la actividad más contemplativa hasta el ejercicio mental o físico más esforzado. Una acción culta es aquella que de algún modo presupone un conocimiento de los efectos posibles de la misma aun cuando no se tenga la explicación integral de todas sus reales causas. Dejar a la espontaneidad de las concatenaciones la acción no concebida plenamente es índice de alguna reminiscencia de incultura. Por tal motivo, sólo una acción libre en la sociedad, cualesquiera que sean los parámetros que la circunscriban, que parta del presupuesto del conocimiento y dominio de sus posibles repercusiones debe ser considerada propiamente culta" Guadarrama: 2006, p. 38.
- 9 «Sean cuales fueren los juicios morales sobre los conflictos armados, es obligado dejar constancia de que la historia está atravesada por la guerra, que es un factor de destrucción y de creación. Por su causa, ha habido sociedades que se han agotado y, a veces, desaparecido, pero también, gracias a los trastornos causados por los conflictos, encontraron los recursos para el cambio y la renovación». Chaliand: 2006, p. 332.
10. AAVV: 2016, p. 183.

- 11 Maquiavelo, Nicolás. El arte de la guerra, http://www.elartedelaestrategia.com/del_arte_de_la_guerra_maquiavelo.html
- 12 Marx: 1976, p. 433.
- 13 <http://www.vmarbeloa.es/la-paz-perpetua-del-abate-saint-pierre/>
- 14 Hegel: 1974, p. 278.
- 15 Mondolfo: 1971. Tomo I. p. 53.
- 16 Spencer: 1948, T. II, p. 11.
- 17 Nietzsche, Friedrich. Así habló Zaratustra, <http://www.quieroleer.com.ar/libros/asi-hablo-zaratustra/27.html>
- 18 Freud: 1973. T. 1, p. 7.
- 19 Galeana: 2000, p. 126.
- 20 Véase: Lorenz, K. (1972). Sobre la agresión. El pretendido mal. Siglo XXI, México.
- 21 Por humanismo práctico —término utilizado por Marx en sus trabajos tempranos como La sagrada familia y los Manuscritos económicos y filosóficos de 1844 así como los de humanismo concreto, humanismo positivo y humanismo culto que diferenciaba del humanismo real de Feuerbach—, entendemos una postura de compromiso activo, militante y arriesgado con la defensa de la dignidad de determinados grupos humanos, que se diferencia del humanismo abstracto que se limita a simples declaraciones filantrópicas, que no trascienden más allá de cierta misericordia o postura piadosa ante indígenas, esclavos, siervos, proletarios, mujeres, niños, minusválidos, etc. Un humanismo práctico debe distanciarse del antropocentrismo que ha caracterizado generalmente a la cultura occidental y tomar en consideración la imprescindible interdependencia entre el hombre y la naturaleza. Véase: Guadarrama “Humanismo y marxismo”. Marx Vive. IV. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2006. pp. 209-226; Marx y el marxismo crítico en el siglo XXI. Colectivo de autores. Camilo Valqui Cachi y Cutberto Pastor Bazán. (Coordinadores). Ediciones EON-Universidad Autónoma de Guerrero. México. DF. 2011. pp. 313-332. <http://es.scribd.com/doc/90507863/Cmilo-v-C-El-Marxismo-Critico>
- 22 Bolívar, Simón. Homenaje en el sesquicentenario de su fallecimiento. 1830-17 de diciembre-1980, Ediciones Tercer Mundo, Ediciones de las Américas. Secretaría General Organización de los Estados Americanos, Bogotá, 1980, p. 20.
- 23 Bolívar, Simón. “Documento dirigido al Vicepresidente Francisco de Paula Santander”, 30 de octubre de 1823, en Octavio Arizmendi Posada, y Carlos Gómez Botero. Así pensaba Bolívar, Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá D.C. 2000. p.207.
- 24 Bolívar, Simón. “Documento dirigido al Vicepresidente Francisco de Paula Santander», en Octavio Arizmendi Posada, y Carlos Gómez Botero. Así pensaba Bolívar, Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá D.C. 2000. 29 de abril de 1823.p. 207.
- 25 Véase: Guadarrama, Pablo. “Pensamiento independentista latinoamericano, derechos humanos y justicia social”, en Criterio Jurídico Garantista. Revista de la Facultad de Derecho. Universidad Autónoma de Colombia. Bogotá. Año 2 Numero 2. Enero-Junio 2010. pp. 178-205.http://www.fuac.edu.co/recursos_web/documentos/derecho/revista_criterio/revista_criterio_no2.pdf
- 26 Juárez, Benito. “Declaración”, 15 de julio de 1867, en Selser, Gregorio. Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina, 1849-1898, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003, T. II, pp. 175-176.
- 27 Martí: 1976, T. IV, p. 236.
- 28 Ramaglia: 2004, T. 1, p.139.
- 29 Véase Guadarrama, P. (2001). “Prólogo”, en: El hombre mediocre de José Ingenieros. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- 30 Piñeiro: 2006, p. 117.
- 31 1 Véase: Guadarrama, P. (2016). Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina. Tomo I y II. Taurus; Penguín Random House, Bogotá.
- 32 Aharoni: 2001, p. 423.
- 33 Márquez-Fernández y Díaz Montiel: 2018, p. 16.
- 34 Santa Ana: 1989, pp. 68-69.
- 35 United Nations General Assembly. Vienna Declaration and Programme of Action (World Conference on Human Rights). New York: United Nations. (A/CONF. 157/23 on June 25, 1993). Part 2, Paragraphs 78-82.
- 36 Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz. Asamblea General de Naciones Unidas, 6 de octubre de 1999. A/RES/53/243.
- 37 Guadarrama y Perelguin: 1998. p. 301.
- 38 Tünnermann Bernheim, Carlos. «El compromiso social de la universidad con la paz y la cultura en el próximo siglo». <http://ess.iesalc.unesco.org/ve/index.php/ess/article/viewFile/350/293> pp. 106-107.
- 39 Saxe-Fernández: 2012, p. 56
- 40 Constitución de la UNESCO. http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID

- 41 Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz. Asamblea General de Naciones Unidas, 6 de octubre de 1999. A/RES/53/243.
- 42 Véase: García-Muñoz: 2017, pp. 239-280.
- 42 Véase: García-Muñoz: 2017, pp. 239-280.
- 43 “Es a través de la educación que podremos introducir de forma generalizada los valores, herramientas y conocimientos que forman las bases del respeto hacia la paz, los derechos humanos y la democracia, porque la educación es un importante medio para eliminar la sospecha, la ignorancia, los estereotipos, las imágenes de enemigo y, al mismo tiempo, promover los ideales de paz, tolerancia y no violencia, la apreciación mutua entre los individuos, grupos y naciones”. Symonides: 1996, pp. 29-30.
- 44 Galtung: 1985, p. 103.
- 45 “La razón para lo utilización de los términos negativo y positivo es obvio: la ausencia de violencia personal no conduce a ninguna condición positivamente definida, mientras que la ausencia de violencia estructural es justicia social, una condición definida positivamente (distribución igualitaria del poder y los recursos). La paz así concebida no es solo cuestión del control y disminución de la violencia abierta, sino también cuestión de desarrollo vertical, y eso significa que la teoría de la paz, está íntimamente conectada con la teoría del conflicto sino también con la teoría del desarrollo” Galtung: 1995, p. 348.
- 46 “La única paz que puede ser estable y duradera [será la que] se halle basada en una convivencia más humana, hecha posible mediante la cooperación justa y equitativa entre los pueblos del Norte desarrollados y los del Sur en su desarrollo [...] La desaparición de las distancias hace de cada problema un problema de la humanidad entera y su solución solo se posibilita si se busca procura colectivamente. La guerra, el hambre, las enfermedades la ignorancia, la explosión demográfica, la contaminación del medio ambiente y el caos económico y financiero — fenómenos que un día se consideraban problemas de pueblos o regiones — son, todos, amenazas y peligros sin fronteras: son problemas mundiales que demandan acciones mundiales. No hay problemas aislados” García Robles: 1976, p. 24.
- 47 Véase: Scocozza: 2017, pp. 69-88.
- 48 Almond: 2016, p. 180
- 49 Tünnermann Bernheim, Carlos. “El compromiso social de la universidad con la paz y la cultura en el próximo siglo”, en: <http://ess.iesalc.unesco.org/ve/index.php/ess/article/viewFile/350/293>
- 50 Véase: Guadarrama: 2018, pp. 35-56.
- 51 Seminario de Educación para la Paz. (2000). Educar para la paz, una propuesta posible, 3ª edición. Asociación Pro Derechos Humanos, Madrid, p. 43.
- 52 Seminario de Educación para la Paz. (2000). Educar para la paz, una propuesta posible, 3ª edición. Asociación Pro Derechos Humanos, Madrid, p. 43.
- 53 Tuvilla Rayo, J. “Cultura de paz y educación para la ciudadanía democrática”, <http://www.aecidcf.org.co/documentos/MI%2011.669.pdf>
- 54 AAVV: 2003, p. 65.
- 55 García Canclini: 1989, p. 170.
- 56 Véase Reardon: 1997, pp. 255-261.
- 57 Fisas: 1998, p. 374.
- 58 Véase: Diamond, J. (2018). Armas, gérmenes y acero. Editorial Debate, Madrid.
- 59 Véase: Pardo Rueda, R. (2015). La historia de las guerras. Penguin Random House, Bogotá.
- 60 Movimiento Mundial para la Cultura de Paz y no Violencia. 2000 Año Internacional de la Cultura de Paz, Unesco, 2000, p. 23
- 61 Véase: Guadarrama: 2008, pp. 171-183, en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3384653>; Guadarrama, P. (2018). Para qué le sirve la epistemología a un investigador y un profesor. Editorial Magisterio. Bogotá; Magisterio-Neisa. México. 2018; Magisterio-Premisas. Madrid. 2018.
- 62 <https://akifrases.com/frase/143405>
- 63 <https://proverbial.net/cita/7520>
- 64 Senn, María. “La cultura: factor fundamental de la armonía nacional”, en Cátedra para la Cultura de Paz desde la diversidad y la creatividad, Presidencia de la República- Departamento Nacional de Planeación-Ministerio de Cultura. Bogotá. 2002. p. 98.
- 65 Todorov: 2000. p. 56.
- 66 “Manifiesto por la paz desde la creatividad y la diversidad”, Santa Cruz de Monpox 2001. Cátedra para la Cultura de Paz desde la diversidad y la creatividad, Presidencia de la República- Departamento Nacional de Planeación-Ministerio de Cultura. Bogotá. 2002. p. 12.
- 67 Véase: Vasconcelos, J. (1942). “La raza cósmica”, en: Antología. Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México.
- 68 Zea y Magallón: 1999, p. 36.
- 69 Salas: 2005, p. 138.

70 González Casanova: 2009, p. 146.

71 Véase Guadarrama: 2014, pp. 135-147. <http://www.cialc.unam.mx/cuadamer/textos/ca149-135.pdf>